

Fue durante la primera luna azul de junio, en medio de la mayor de las clamoras posibles. Primero llegó un ligero rumor, breve, leve a penas un susurro en la calma, como un grito lejano que no llega a ser, que te deja con esa duda de si lo has oído o es una ensoñación.

Poco a poco, sin darte cuenta el rumor fue creciendo, haciéndose más audible, más presente, ocupando espacios remotos de la habitación, pero no es hasta que notas que los pequeños objetos de tu entorno empiezan a bailar ligeramente, que te das cuenta que es real y no muy normal...

Los ojos se abren intensamente y el cerebro bombardea órdenes inconexas a todos los sentidos. Pero la oscuridad es total, con una negrura oleosa que te envuelve y rodea para hacerte sentir vulnerable de verdad, por primera vez en la vida.

No es hasta que caen los primeros objetos y percibes que el entorno oscila con más fuerza, que aparecen los temores. En silencio, reptando del estómago al corazón y de ahí saltando al pecho y a la boca, asfixiando y dejando sin aire, como una masa envolvente que te aplasta poco a poco y cuando lo notas es el momento de los fantasmas: la duda, el temor que te asaltan como un ciudadela desbordada por un asedio, provocando una matanza en tu seguridad.

Nada queda de la confianza, del amor propio y del orgullo, sabiendo que nada volverá a ser igual, apareciendo un nuevo horizonte de vida entre las cuerdas, en permanente tensión y con el futuro atado, pues deja de ser abierto y sorprendente para convertirse en un oscuro pasillo plagado de monstruos al acecho, agazapados a la espera de saltar cuando más desprevenido te encuentras.

Vuelvo súbitamente a la habitación rodeada de penumbra, donde el gritar carece de sentido. Todo se sacude tan violentamente que ni las lágrimas del terror se atreven a salir.

Es cuando todo parece a punto de desplomarse que las paredes se derrumban tras soportar el exceso de tensión, pues todo tiene su límite, incluso las paredes de tu hogar. Y en la oscuridad y la calma posterior que todo lo invade tras el desastre, noto el vacío y el silencio a mi alrededor.

Fue entonces cuando, a lo lejos, tapizando el cielo, pude ver las estrellas que tímidamente iluminaban lejana y suavemente los restos de mi antiguo hogar, dejando unos juegos de sombras de lo más fantasmagóricos... y en el centro, alta y majestuosa una estrella destacando, atrayendo mi mirada de forma intensa e hipnótica.... Mi *Stella maris* que pude observar hasta que mis lágrimas me inundaran la visión...

Llegaste hace a penas dos añitos y mi vida se transformó profundamente y aún así no me canso de admirarte... gracias por estar aquí, mi pequeña hija recién nacida..

Papichuli